

Francisco  
Pérez de Antón  
La corrupción de un  
presidente sin tacha



Francisco  
Pérez de Antón  
La corrupción de un  
presidente sin tacha

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que aquel que deja lo que hace por lo que debería hacer marcha hacia su ruina. Pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno y a practicarlo o no según la necesidad.

NICOLÁS MAQUIAVELO,  
*El Príncipe*, cap. xv

## Primera parte

El dinero todo lo arregla.  
*Eclesiastés, 10:19*

## Escena primera

*Ciudad de Guatemala, Hotel Intercontinental  
Sábado 25 de noviembre, 7:05 a.m.*

El agua caracolea en ruidosos remolinos sobre la superficie del lavabo al tiempo que José María Rabassa, inversor apátrida, informático granuja y hampón de guante blanco, se la arroja una y otra vez a la cara con efusivo alborozo. Rabassa carraspea, bufa, resopla. No hay placer que se compare al encuentro matutino con ese frescor que despabila el cerebro y alivia la piel recalentada por las idas y venidas de la *gillette*. El gozo no se detiene, los lavoteos no parecen tener fin.

De improviso, sin embargo, Rabassa se queda inmóvil como si hubiese escuchado una voz a sus espaldas o sentido un temblor bajo los pies. Con deliberada lentitud, endereza el torso, se mira sorprendido en el espejo y sin prestar atención a los veloces arroyos de agua que corren por su nariz y sus mejillas, murmura:

—¿Dijo un trillón de dólares? ¿Eso dijo? ¿De veras? Ave María Purísima, ¿y eso qué es? ¿La orgía perpetua? ¿El sueño de una noche de verano? ¿La distancia de aquí a la eternidad?

Rabassa sabe de dinero tanto como el mejor financista de Londres o Nueva York. Y también que la memoria no lo engaña. Así que sí, no hay duda. El dato que dio el presentador de Fox News anoche fue ese. Qué barbaridad, ¿no?

¿En qué cabeza cabe un número así? ¿Cuánto pesa, cuánto mide, cuánto ocupa un trillón de dólares?

Eso depende, medita Rabassa, volviendo a sus abluciones. Un profesor de matemáticas diría, por ejemplo, que un trillón es en realidad un número imaginario o, en todo caso, irracional. ¿Está claro? No, no está claro. Por favor, ¿qué les pasa a los matemáticos? Entre su jerga y su álgebra no hay cristiano que les entienda.

¿Y qué decir de los astrónomos? Si esa misma pregunta se la hicieran a uno de ellos, respondería que un trillón viene a ser algo así como el número de estrellas que tiene la Vía Láctea. Y a qué extrañarse. No se puede esperar otra cosa de unos tipos que se pasan las horas mirando a las nubes.

En cambio un cajero de banco, uno de esos hombres consistentes y cabales a quien su diaria relación con el dinero aúpa e inspira el magín, respondería que si un trillón de dólares pudiera apilarse en billetes de a uno alcanzaría una altura de cien kilómetros y que si esa no es la distancia de aquí a la eternidad que venga san Pedro y lo diga.

Rabassa cierra el chorro de agua y, a tientas, extiende el brazo a una toalla de color durazno, mientras que con la mirada en el vacío comienza a secarse el rostro, las sienes y el cogote. Y cuando concluye la operación no puede ocultar en sus ojos un brillo de complacencia.

Y es que José María Rabassa, una multinacional en sí mismo, como en otro orden lo son Subway, Hertz o Dunkin' Donuts, nunca hubiese podido imaginar que el dinero que se blanquea cada año en el mundo alcanzara la cifra de un trillón de dólares.

Su deleite no obstante se debe más a que el lavado, una industria pujante y poderosa, la primera del mundo después del petróleo, es el quehacer que ocupa sus trabajos y sus días. Una extensa red de lavanderías proporciona

servicios de blanqueo a cientos de clientes en 19 países. Pero los equipos que Rabassa utiliza para tal fin no son blancos ni llevan adheridas etiquetas de Whirlpool o Westinghouse. Son unos armarios de color grafito, repletos de cables y luces, en cuyo frontis campea el sello de IBM.

Un negocio limpio, como su nombre indica. Una actividad honorable, practicada por el Vaticano, el emir de Abu Dabi, la FIFA, Cristina Fernández de Kirchner, el Banco Espíritu Santo, Jackie Chan, el presidente Lula da Silva, el estado de Delaware y otras instituciones y personas de acrisolada integridad.

Rabassa mete el estómago, hincha el pecho y se observa en el espejo del baño. Primero de perfil, luego de frente. Tiene aspecto saludable, pese a ser ya cincuentón, y sus cabellos no han perdido densidad, por más que sus sienes parezcan implantes de un gato de Angora. Su cuello luce esbelto y desgrasado, y cuando tensa los labios, su boca exhibe dos filas de encías rosadas y de blanquísimos dientes.

Como quiera que se mire, Rabassa es un tipo bien hecho y a estas alturas de su vida se siente como en la copa de un pino. Cada día al despertar se admira y se felicita por sus logros, que son para quitarse el sombrero. El suyo, naturalmente. Y en homenaje a todo lo que ha conseguido en la vida, se gratifica de vez en cuando con alguna extravagancia, como un Patek Phillippe de oro rosa, un GranCabrio de lujo, una pintura de Warhol o una casa en las Seychelles.

Más allá de tales antojos, que justo es decir merece, Rabassa es persona sensible a la desigualdad y la injusticia que asedian a la humanidad. De ahí que, con una parte de ese trillón de dólares que se blanquea cada año en el mundo, y que circula después fragante y centrifugado, y como lavado con Ariel, se haya impuesto realizar su propia versión de la justicia social en un país pequeño y pobre.

Uno de esos que salen rara vez en las noticias y que, cuando sale, su nombre es olvidado al día siguiente.

Uno donde el tiempo transcurre muy despacio y, si transcurre, no se nota que ha transcurrido.

Uno parecido a Brigadoon, aquella aldea escocesa que se hacía visible un día cada cien años y volvía a desaparecer otros cien.

Rabassa desliza la yema de los dedos bajo el mentón y, sin venir a cuento, le da por canturrear:

— *Cómo han pasado los años... qué mundo tan diferente...*

Y la verdad es que sí. Hay que ver cómo ha cambiado el mundo de un tiempo a esta parte. Sobre todo en los negocios. Hace apenas un siglo, quienes diseñaban proyectos como el que Rabassa se propone realizar este día eran truhanes ilustres que sobornaban a los políticos de los países pobres para explotar algún monopolio. Samuel Zemurray, por ejemplo, gran chambelán de la United Fruit. O Minor Cooper Keith, zar de los ferrocarriles de América Central.

¡Ah!, pero qué diferencia entre aquellos bribones y él. Sí, bribones, no hay por qué ocultarlo. ¿Acaso no les decían "robber barons", aun en su propio patio? Cuando se compara con ellos, Rabassa no puede por menos de verse como el santo Hermano Pedro de Betancur.

Admirado de sí mismo, con todo derecho, sobra decir, Rabassa se palmea el rostro con una loción que evoca fragancias a naranja y a sandía. Aspira hondo, alza las cejas y deja escapar un suspiro. Nunca antes se había sentido mejor con lo que hace, aunque sea un trabajo incómodo. Hay que llevar vida de agente secreto, cambiar de identidad cada dos por tres y no dejar que el trasero eche telarañas en el lugar donde posa. Tan afanoso quehacer, sin embargo, le trae tantas compensaciones que aun el mayor sacrificio permite que merezca el esfuerzo.

Rabassa se enrolla una toalla a la cintura y se asoma a la suite sumida en las sombras. Las cortinas están corridas y solo brillan en la oscuridad los dígitos de un reloj que le hace guiños desde la mesita de noche.

Se acerca al ventanal, abre las cortinas de un tirón y una cegadora luz invade la suite. Desde el piso más alto del hotel, la Zona Viva de la ciudad de Guatemala luce como inserta en una frondosa arboleda. Y a lo lejos, perfilando los volcanes, el trópico de montaña exhibe el hechizo de su azul en un día esplendoroso.

Rabassa abre el armario y elige una indumentaria informal, nada llamativa, para el negocio que se propone cerrar este día: jeans Armani del color del océano, camisa blanca, *blazer* de botones dorados y unos mocasines negros de cordoncillo. Se vuelve hacia un espejo vertical adosado a la pared, se observa de arriba abajo y se estira los puños de la camisa.

No se ve a sí mismo como un dandy ni como un señorón perfumado. Pero tampoco como un inversor apátrida, un granuja o un criminal. ¿Qué culpa tiene él de que los seres humanos exijan satisfacer necesidades que la hipocresía al uso prohíbe? ¿No es eso ir contra los derechos humanos más elementales? ¿Por qué quien ofrece un servicio, como el que él ofrece, ha de ser siempre un malvado? ¿Y por qué no quien lo demanda? O como diría aquella monja cuyo nombre no se le viene a las mientes: ¿a quién se debe culpar, al que yerba por la paga o al que paga por la yerba?

De modo que ni dandy ni canalla, aunque sí hombre atractivo. Tanto que en algún momento de su vida soñó con ser galán de cine. Una estrella del tamaño de George Clooney. Pero se le daban mejor los números y siempre le quedó la nostalgia de ese sueño sin realizar.

Rabassa se dirige al secreter de la suite donde yacen unas gafas de sol con cristales irisados y una gorra de visera que, bajo un escudo bordado, lleva inscritas las palabras *Iustitia et Honor*. Se coloca las gafas y se cala la gorra. Abre

un maletín de piel color ciruela, escarba en su interior y extrae una cápsula de vidrio con un líquido incoloro. La observa unos momentos al trasluz y verifica que está llena. Se la guarda en un bolsillo del *blazer* y se dirige a paso tranquilo a la puerta de la suite.

Al empuñar el pomo para abrirla, descubre en el suelo un ejemplar de *el Periódico*, con las fotos de cinco hombres y dos mujeres, cuyo titular reza así: "Salen a luz algunos nombres del gabinete de Sanabria". Y por un momento parece dudar. Ha creado un imperio imponente y tiene todo lo que un hombre puede desear en la vida. ¿Para qué más? El negocio que se propone realizar tiene riesgos. Tal vez demasiado altos. Y si bien es verdad que la fortuna premia a los audaces, la mayoría de las veces esa zorra maldecida deja a la gente bien trabada. ¿Y si el tipo se resiste? ¿Y si dice que no? Todo es posible, por más que le cueste aceptar que una persona inteligente, como parece ser el presidente Sanabria, rechace una proposición tan apetecible. Pero, si así fuese, ya es tarde para arrepentirse y no puede, ni quiere, dar marcha atrás.

Rabassa toma el diario en las manos, sale al pasillo y se encamina al elevador. Pulsa el botón de llamada y cuando las puertas se abren escucha las notas del vals de *La viuda alegre*. Rabassa desciende escuchándolo con las cejas alzadas, los párpados cerrados y un movimiento de cabeza ensoñador. Y cuando las puertas del elevador se vuelven a abrir, encuentra frente a él a dos hombres esperando en el pasillo que conduce al lobby del hotel.

Uno de ellos tiene aspecto de ejecutivo sénior y va vestido con ropa de sábado: camisa de finas rayas, pantalón caqui y cinturón de trenza beis. No es persona que llame la atención, salvo por el lujoso maletín de cuero que lleva en la mano. Pero en el fondo de su mirada hay un brillo implacable y resolutivo que llama a la cautela.

El otro es un hombre más joven que, por contraste, va vestido como si fuera a una boda: traje negro, camisa de

cuello apretado y corbata azul nocturno. Algunos detalles de su aspecto revelan, no obstante, que no se trata de una persona distinguida. De cejas espesas, ojos muy juntos, mirada montaraz, mentón opulento y cabello rapado hasta las sienes, sus hombros tienen el ancho de una butaca y sus manos parecen guantes de béisbol.

—Buenos días, Emilio —saluda Rabassa—. ¿Todo listo?

—Todo listo y todo en orden —responde el del maletín—. Tulio Expósito me acaba de llamar. El presidente Sanabria y él están ya en La Rosaleda.

—Pues vamos para allá, querido socio. No hagamos esperar al poder. Tentémosle con el dinero y la gloria. Que aunque hoy no se conceda crédito a nuestros afanes, en verdad te digo que, un día, el dinero y el poder serán nuestros. Y puede que también la gloria —declama Rabassa con histriónico ademán de profeta.

El tipo del corpachón y las manazas endereza el torso e hincha el pecho. Se ajusta con disimulo el revólver que lleva en la sobaquera y, muy serio y puesto en punto, echa a andar tras los dos hombres.

# Uno

*Club La Rosaleda, Casa número 4, Hoyo 17, 7:45 a.m.*

—Yo lo que le digo es que la imagen del general Orellana no significa nada hoy día —masculla Tulio Expósito con el gesto de quien acaba de tomarse un trago de leche de magnesia—. Muy pocos saben quién es. El dinero es un recurso importante para transmitir mensajes políticos, pero Orellana ya no transmite ni en morse. Así que lo justo es poner en su lugar a Rafael Carrera. Porque, vamos a ver, señor presidente, ¿quién tiene más méritos para estar en el billete de un quetzal, el creador de la moneda o el fundador de la República?

Daniel Sanabria, presidente electo de Guatemala, escucha la perorata de Expósito como quien oye llover. No está de ánimo para hablar de billetes. Su talante el día de hoy es más bien contemplativo. E inmóvil bajo el marco de la doble puerta acristalada que se abre al campo de golf, contempla abstraído el espectáculo que la naturaleza exhibe esta deslumbrante mañana de noviembre. El sol ha encendido el rojo de los flamboyanes y la brisa trae fragancias a resinas. Tartamudea su canto el zanate, declama el barranquero sus rezos y una paloma de plumaje gris picotea briznas y vainas junto a una pequeña laguna.

La sola contemplación de la belleza, sin embargo, no inspira reflexiones profundas, sino más bien divagaciones insípidas como estas. O como, por ejemplo, que la vida y el

golf se parecen en que sus partícipes tratan de recorrer sus respectivos trayectos con el menor número de golpes y en que, al cabo de la andadura, todos concluyen la partida en un hoyo. Es una ocurrencia pueril, de acuerdo, pero bastante más sustanciosa que el rollo que Tulio Expósito se trae desde hace rato.

—El dinero impreso sirve también para fortalecer la identidad y la cultura —continúa—. Así que mi otra disposición será quitar a Zachrisson del billete de cincuenta y poner en su lugar a Miguel Ángel Asturias y a Rigoberta Menchú. Uno junto al otro. Y de perfil. Lo mismo que los músicos del billete de doscientos. ¿Cómo es posible que los dos personajes contemporáneos más célebres de nuestro país no reciban en nuestra billetería un honor tan bien ganado? ¿Qué dice usted, presidente?

Expósito tiene la virtud de convertir lo trivial en importante cuando lo importante es algo de lo que no quiere hablar. Y Sanabria decide dejar la respuesta en el aire, como se deja en el teléfono una llamada perdida.

Su cerebro, además, sus sentidos, sus glándulas salivales, se han concentrado en la mezcla de aromas a huevos revueltos, frijoles, beicon y frutas que le llegan desde el bufé situado a un lado de la doble puerta del salón. Y por un momento está tentado a alargar la mano a un plato vacío y adornarlo con tales preseas. Pero la dieta que sigue desde hace una semana lo contiene y, antes de que la tentación lo derrote, gira sobre sí mismo y se dirige rápidamente al centro del salón donde se encuentra Expósito, sentado con aires de juez, en uno de los diez sillones color azul pavo que confinan una mesa adornada de azaleas. Frente a cada sillón hay una tarjeta con un nombre, entre ellas los de dos mujeres, una botella de agua Salvavidas, un bloc, un bolígrafo y un cuenco de cristal con dulces de cardamomo.

El entorno del salón está sumido en una bucólica atmósfera que solo alteran los borbotos de la percoladora de café, el golpe lejano y seco de algún jugador de golf, el